

TERRITORIO MADRE

Zo Brinvier

Hay una razón que ya no aceptaremos, hay una apariencia de cordura que nos produce horror, hay una oferta de acuerdo y de conciliación que ya no escucharemos. Una ruptura se ha producido. Se nos ha conducido hasta esa franqueza que ya no tolera la complicidad.

Blanchot

PERSONAJES

SØRENSEN, investigador escandinavo.

DIRECTOR

PROFESORA

MÉDICO

Cinco niñas de unos trece años que están embarazadas:

TALA

ERNA

BOGDANA

CATINA

LORMA

Año 2094.

Sørensen entra en el despacho del director. La luz fluorescente parpadea. Las fotos de fin de curso se amontonan. Como el resto de la institución, es un lugar descuidado y desolador.

DIRECTOR.- No eres el primero que viene a husmear por aquí. Vienen muchos a husmear, más por curiosidad que por otra cosa. Quieren ver a las niñas. Quieren ver si es verdad, si tienen barriga, si están embarazadas de verdad, como si eso se pudiese fingir, como si las barrigas pudiesen ser de mentira.

SØRENSEN.- No vengo a husmear.

DIRECTOR.- Uno incluso quiso que se desnudasen para comprobarlo. Le eché a patadas. Cerdo, más que cerdo. Al fin y al cabo, estos periodistas rastrosos no son nadie, no pueden publicar nada en ningún sitio. No entiendo por qué vienen si saben que nadie les va a hacer caso. A mí desde luego no me preocupan, los periodistas no me preocupan, son inofensivos. Es más, son inútiles, los más inútiles, más incluso que los escritores, aunque sea difícil de creer. Los periodistas pensaron que podrían salvar el pellejo, que podrían sobrevivir. Al fin y al cabo, ellos no tienen que inventar ni decorar nada, no son artistas. Pensaron que sólo debían contar la verdad, como si la verdad le importase a alguien. Idiotas. Ni siquiera son perseverantes. Ninguno de ellos se ha atrevido a insistir, a acercarse aquí más de un par de veces. Eso sí, tú eres el primer extranjero. Nunca imaginé que nada de lo que ocurre aquí pudiese interesarle a alguien de fuera. ¿Es que no tenéis ningún asunto propio del que preocuparos? Una vez oí que en tu país sois todos muy felices. Tan felices tan felices que hasta las noticias son aburridas. No puede haber noticias si no hay robos, ni violencia, ni corrupción, ni injusticia. Quizá por eso has venido aquí, en busca de una noticia sorprendente, extraordinaria, casi milagrosa, una noticia que os sacuda, que os emocione.

Quizá eso es lo que les falta en su país.
Tienen fama de fríos, disciplinados, trabajadores,
¿es cierto?
¿Has venido al sur en busca de una noticia que les emocione?

SØRENSEN.- No soy periodista.

DIRECTOR.- ¿Y entonces qué es lo que buscas?

SØRENSEN.- Trabajo para el gobierno.
Una de ellas nos ha pedido asilo.

DIRECTOR.- ¿Asilo... político?

SØRENSEN.- Todo está por ver.

DIRECTOR.- Desapareció hace una semana.

SØRENSEN.- Llegó hace tres días.
No puedo decir más.

DIRECTOR.- Ahora dirás
que es información confidencial,
como si hubiera alguna información
que no fuese confidencial,
como si existiera información pública.
Vamos, los dos sabemos
que toda información tiene un precio.
Y que cuando alguien dice
“información confidencial”
lo único que quiere decir es
que el precio de esa información
es más alto de lo normal,
porque gratis no hay nada gratis.
No existe la información gratuita,
transparente, abierta, limpia,
ni ha existido nunca.
Ni siquiera antes de la crisis
y mucho menos antes de las guerras.
Y ahora que no hay crisis ni guerras mucho menos.
Toda información es sucia y arriesgada.
A mi no me importa qué tipo de información
sobre esa niña crees que tienes
ni por qué ni cómo quieres amenazarnos.

SØRENSEN.- No...

DIRECTOR (*interrumpiendo*).- Lo que sé ya es bastante
y no me hace falta mucho más.
El que parece que necesita saber eres tú
y todavía ni siquiera me has dicho quién eres.

SØRENSEN.- Sørensen, inspector independiente.

DIRECTOR.- ¿Vienes solo?

SØRENSEN.- Sí. Sólo he venido a investigar los hechos.
No podemos dar asilo a nadie
sin tener ningún dato sobre los hechos,
y menos a alguien tan joven como ella.

DIRECTOR.- ¿Y cuánto estás dispuesto a pagar?

SØRENSEN.- No...

DIRECTOR (*interrumpiendo*).- Era una broma, relájate, sólo bromeaba.
Por cierto, hablas muy bien.
Quiero decir, hablas casi como nosotros.
Tan sólo tienes un ligero acento,
como si tus palabras
tuviesen un perfume extraño.

SØRENSEN.- Quiero entrevistar a las niñas.

DIRECTOR.- Inténtalo.
Yo no me voy a oponer,
pregúntalas lo que quieras,
lo que te de la gana.
No te van a contestar.
No me han contestado a mí,
ni a ninguno de los profesores
con los que tienen más confianza.
No quieren hablar.
Las barrigas siguen creciendo.
Y ellas se niegan a hablar.
No sabemos qué tipo de pacto han hecho
ni qué se les pasa por la cabeza.
Los hechos. ¿Quieres saber los hechos?
Tenemos trece alumnas embarazadas.
Bueno, doce, porque una de ellas parece pensar
que será mejor parir en otro país.
Porque este es un maldito país desolado
que hay que levantar.
Porque todos los jóvenes se marcharon.
¿No es maravilloso?
¡Trece embarazadas!
¡Trece de golpe!
¡Dispuestas a levantar el país!

SØRENSEN.- Quiero empezar cuanto antes.

DIRECTOR.-¿Es verdad que sois felices?

SØRENSEN.- Lo intentamos.

DIRECTOR.- ¿Tenéis pastillas?
Aquí tenemos pastillas para dormir.
A nadie le faltan pastillas para dormir.
Pero no tenemos dinero suficiente para ser felices.
¡Debe ser tan refrescante la felicidad, tan dulce!

En el aula vacía de geografía e historia. Los pupitres y sillas parecen heredados de otro tiempo. La profesora mira hacia el patio a través de la ventana. Sørensen prepara su grabadora y se dispone a escuchar.

PROFESORA.- ¿Por dónde empezar?
 Nos quitaron el miedo a la muerte.
 Y ahora intentan devolvérselo,
 para que tengamos hijos.
 Los que tienen más miedo a la muerte
 tendrán más hijos,
 para no morir solos,
 para no pudrirse sin que nadie se de cuenta.
 ¿Qué quieres saber?

SØRENSEN.- Todo.

PROFESORA.- Hoy han desplazado a siete.

SØRENSEN.- ¿Cómo? ¿Por qué?

PROFESORA.- Cuestiones de salud y de seguridad.

SØRENSEN.- Tonterías. Quieren separarlas.
 Quiero hablar con las cinco restantes.

PROFESORA.- El director ya te ha dado permiso, ¿no?

SØRENSEN.- Sí, pero por algún motivo,
 ahora ha empezado a temerlas.
 Cree que traman algo.
 Y sabe que lo que traman sólo pueden conseguirlo juntas.
 Es una medida de prevención.
 Las separa para quitarles el poder.

PROFESORA.- La orden debe venir de otro lado.
 Sobreestimas al director.
 Yo estaba enamorada de él.
 Hasta que empezó a avergonzarse de sí mismo,
 por agachar la cabeza, por no poder hacer nada,
 por obedecer...
 Un día dejaron de traer los libros.
 Pensábamos que había habido un malentendido,
 que se habrían equivocado
 y los traerían la semana que viene.
 El curso ya había empezado.
 Y había empezado sin libros.
 Sólo había que hacer una llamada.
 Pero él no hizo nada.
 El director no hizo nada.
 Abrió una botella
 y yo no quise beber

ni besarle ni consolarle.
Desde entonces reutilizamos
los mismos libros nublados y raídos.

Él no ha podido enviarlas a otro centro.

La profesora señala a Tala, una niña que tira piedras contra el muro del patio junto a otras.

Habla con Tala.

3

Tala mira fijamente a Sørensen antes de comenzar a hablar. Acaricia su inmensa barriga.

TALA (a Sørensen).- Ahora todo está más claro,
hace unos meses nos costaba mucho
comprender lo que estaba sucediendo.
Nuestros cuerpos ya se estaban transformando,
pero nadie se había dado cuenta.
Era nuestro secreto.

La escena del pasado se despliega casi en vivo ante los ojos de Sørensen, que cree soñar despierto. Aquí las niñas no parecen estar embarazadas y parecen más niñas que ahora.

TALA.- ¿Tú cómo sabes que estás embarazada?

CATINA.- Porque no paro de vomitar.

TALA.- ¿Y tú?

BOGDANA.- Porque no paro de comer.

TALA.- ¿Y tú?

LORMA.- Porque no paro de dormir, sólo quiero dormir.
Tengo un cansancio interminable.

TALA.- ¿Y tú?

ERNA.- Porque no paro de llorar.
Tengo miedo.
Tengo un miedo que no había tenido antes,
un miedo atroz. No sé
si seré una buena madre,
no sé si podré cuidar bien de él,
si podré darle lo que necesita.

TALA.- ¿Y qué necesita?

BOGDANA.- Resistencia.
Necesita que resistas.

ERNA.- ¿Y si me canso de ser madre?

BOGDANA.- Una vez que eres madre
no puedes dejar de ser madre.
No puedes decir “hoy no me apetece”,
“hoy te dejo metido en la cama”,
“hoy no te doy de comer”.

ERNA.- Pero ¿y si me canso?
¿y si me canso como cuando subo las escaleras
y me falta el aire y decido
quedarme en el primer piso?

La escena se desvanece.

4

En el mismo aula. Sørensen camina entre los pupitres como un animal encerrado.

SØRENSEN.- ¿Cómo empezó todo?
¿Cómo crees que se ha podido llegar a esta situación?
Ayúdame a entenderlo.

PROFESORA.- Creo que empezó a principios de siglo.
A mi abuela no le afectó la crisis.
Lo decía con orgullo.
Decía “crisis, ¿qué crisis?”.
Decía “no era nada nuevo,
así es cómo habíamos vivido siempre,
sin saber cómo llegaríamos a final de mes,
pero sabiendo que nos las arreglaríamos,
porque siempre nos las habíamos arreglado.
La crisis no era nada nuevo para nosotros.
Esa angustia, ese no saber qué dirá la siguiente carta,
si podríamos sacar dinero o no,
si se encendería la luz la próxima vez
que apretásemos el interruptor,
o si nos habrían cortado el teléfono,
el agua caliente...
Lo mismo de siempre.
Tenías la cabeza llena de jabón
y dejaba de salir agua
y entonces te enfurecías
y maldecías y salías y le pedías un cubo
al vecino que te lo daba a regañadientes.
Y en ningún momento sentíamos vergüenza.
Sabíamos que nos las arreglaríamos
incluso si nos quitaban el techo
y nos echaban a la calle.
Estábamos acostumbrados a esa angustia,
a que no dieran un duro por nosotros,
a que nos dijeran ‘no lo conseguiréis’
y a que intentaran aplastarnos.

Y nosotros siempre queríamos más,
nada era suficiente,
siempre teníamos hambre
y siempre nos las arreglábamos.
Crisis, ¿qué crisis?
Esa angustia nos mantenía vivos y ocupados,
no teníamos tiempo para nada más
que para arreglárnoslas. Y en cualquier caso,
nadie esperaba nada de nosotros.
Los ricos no. Los ricos
no soportan la angustia,
la incertidumbre, las manos vacías.
La miseria de los ricos es diferente.
Al principio se echaron las manos a la cabeza
pero enseguida aprovecharon la crisis
para hacerse más ricos.
Compraron más,
sobre todo compraron más casas.
¿Por qué crees que hay tantos edificios vacíos?
Prefirieron dejarlos vacíos.
Decían que bajar los precios
sería una catástrofe,
una auténtica catástrofe.
La mayoría se estaba marchando
y era mejor que los que estaban en la calle
se quedasen en la calle,
con sus cosas en carritos de supermercado,
que no le costaban ningún dinero a nadie.
Dejaron de oírse las bocinas y los motores
de los coches y autobuses,
y lo que se oía era el ruido
metálico y desesperado de las ruedas
de los carritos de supermercado en el asfalto.
Hubiese sido mejor que nos tirasen por la alcantarilla.
La ciudad dejó de sonar a ciudad, perdió su música.
La mayoría se marchaba en oleadas.
El Estado no encontraba la forma de regularlo.
Cientos de personas cada día se marchaban para no volver.
Incluso los ricos quisieron marcharse. Pero eso ya lo sabes.”
Y un día mi abuela se levantó diciendo
“crisis, ¿qué crisis?
¿no te parecería mejor llamarlo “mentira”?
¿o “miedo”? ¿o “puta”?
¡Sí, puta! ¡La puta!
Porque la crisis era la puta
que servía al Estado para hacerse con todo.
Porque la puta
echó de este país a varios millones de jóvenes.
Y aquí sólo nos quedamos
los viejos y los cobardes, lamentándonos
por todo lo que se había llevado la puta”.
Y al día siguiente
mi abuela ya no se levantó.

TALA (a Sørensen).- No somos tontas, si eso es lo que estás pensando.

SØRENSEN.- Eso no se me había pasado por la cabeza.

Vuelve el pasado.

BOGDANA.- Quiero que hagamos un pueblo.

TALA.- Un pueblo no se hace así como así,
de un día para otro.

ERNA.- ¿Qué es un pueblo?

BOGDANA.- Un lugar pequeño.

ERNA.- Entonces me encantaría hacer un pueblo.

CATINA.- ¡Yo nunca he estado en un pueblo!

ERNA.- ¡Yo tampoco!

BOGDANA.- Tendríamos nuestra propias reglas
y nuestros bebés crecerían juntos.

TALA.- Podríamos hasta tener nuestro propio idioma
para que el Estado no pudiese espiarnos.

BOGDANA.- Necesitamos un territorio.

Tala vuelve al presente, al lugar donde Sørensen la está entrevistando.

TALA (a Sørensen).- Y trazamos un plan perfecto para conseguirlo.

Sørensen va a preguntar pero Tala no le deja.

TALA.- Si te lo contase dejaría de ser un plan perfecto.

Mientras, otra escena del pasado vuelve a desplegarse. Las niñas examinan sus cuerpos.

LORMA.- Hay que llenarse.
Las embarazadas están gordas.

ERNA.- ¿Y cómo nos vamos a llenar?

LORMA.- Comiendo.

TALA.- Antes existía una cosa que te engordaba,
la gente no hacía más que engordar y engordar,
no me acuerdo cómo se llamaba.

BOGDANA.- Se llamaba “azúcar” y se la echaban a todo.

ERNA.- ¿Por qué se la echaban a todo?

TALA.- Porque nadie podía parar,
seguían comprando, y comiendo,
comprando y comiendo,
sin poder parar.

ERNA.- No entiendo porque la prohibieron.

LORMA.- Tenemos que buscar azúcar,
en algún lado debe haber.

Tala vuelve al presente.

TALA (a Sørensen).- Luego nos dimos cuenta
de que no hacía falta llenarse,
los bebés crecían solos,
dentro de nosotras,
no hacía falta llenarse.

ERNA, CATINA y LORMA comparan barrigas.

CATINA.- Somos tan raras. Si lo piensas,
antes la gente tenía muchos hijos.
Ocho, nueve, once, trece hijos.
Luego se inventaron la píldora.
Y pasaron a tener uno, dos, tres hijos.
Luego las mujeres decidieron
que había otras cosas que hacer.
Y que no tenían por qué tener hijos.
O no tantos.
Y tuvieron uno.
Luego dejaron de tener dinero para tener uno.
Y dejaron de tener hijos
y se empezaron a marchar.
Y luego el país se quedó sin hijos.

TALA.- No tenían tiempo para amar.

CATINA.- Todo es perfecto”, pensaron.

LORMA.- Cero hijos.

CATINA.- Somos una rareza, ¿te das cuenta?

LORMA.- Quizá creyeron que no tenían dinero.

CATINA.- Es lo que he dicho.

LORMA.- No. Has dicho que dejaron de tener dinero.

ERNA.- ¿Hace falta dinero para tener hijos?

TALA.- Las mujeres que tenían trece hijos
no tenían trece veces más dinero.

En el aula.

PROFESORA.- El director es un lagarto,
pero es inofensivo.
La vida le ha tratado mal.
O mejor dicho, el Estado.
El Estado le ha tratado mal.
Ha destruido todos sus sueños,
uno por uno.
No sólo a él, sino a cualquiera
que trabaje en una institución del Estado.
Hace muchos años se preocupaba,
se preocupaba por las instalaciones,
por los alumnos, por la calidad de la enseñanza.///
Revisaba él mismo los planes de estudio.
Se encargaba personalmente de todo.
Se encargaba de los profesores recién llegados,
de que cumplieran sus expectativas,
de guiarles para que obtuviesen lo mejor de sus alumnos.
Le iba la vida en ello.
Ahora le da todo igual.
Cree que sabe todo lo que hay que saber.
Y actúa como si todo estuviese bajo control.
Intenta guardar las formas,
no perder la autoridad,
aparentar compostura.
Pero sabe que en realidad ha perdido,
que todo está perdido.
Empezó a beber.
Intentó moderarse.
En algún momento, se dio por vencido.
Ahora abre una botella cada mañana a primera hora.
Como si cada día fuese el último día.
Es algo que hacíamos los profesores
antes de las vacaciones de verano.
Abríamos una botella por la mañana
y brindábamos y nos reíamos.
Dejábamos atrás nuestras diferencias,
nos olvidábamos de nuestras reyertas,
nos sentíamos como una gran familia.
No sé muy bien lo que es una familia,
pero había leído algunas novelas del siglo pasado
y creía que debía ser algo parecido.
Las familias se pegan y se lamen las heridas,
las familias mienten y se abrazan.
Y formábamos equipos y hacíamos guerras de agua
para celebrar que se habían acabado las clases.

SØRENSEN.- ¿Y por qué me cuentas eso a mí? ¿No temes...?

PROFESORA (*interrumpiendo*).- No. Me da igual.

SØRENSEN.- ¿Te da igual?

Entonces eres como él.

Parece que el Estado se ha encargado muy a fondo de que a todos os de igual todo.

Deambuláis entre los escombros

y ni siquiera buscáis migajas ni huesos roídos,

os conformáis con un poco de sombra

como si fueseis perros moribundos.

¡No lo entiendo!

¡Hay tanto por hacer!

¡Hay tanto por hacer!

PROFESORA.- No soy como él.

Yo no creo saber todo.

Al contrario, sé que hay mucho que no sé.

No sé que se cuece en las cabezas de esas niñas.

No sé qué es lo que creen que van a hacer.

No sé por qué se dan aires de superioridad.

No sé por qué el resto de las niñas

las miran con envidia y admiración,

por qué todas quieren ser como ellas.

El Estado ha hecho promesas

pero sólo los ingenuos y los idiotas

se fiarían de las promesas del Estado.

Te puedo asegurar que no tienen un pelo de tontas,

las he tenido en clase.

Llevo años observándolas.

Las conozco bien.

Pero aún así, hay tanto

que no consigo comprender.

Es un misterio.

Y lo más importante de todo,

no sé quién las ha ayudado.

Porque está claro que alguien las ha ayudado.

SØRENSEN.- ¿A qué promesas te refieres?

PROFESORA.- El Estado ha hecho toda clase de promesas

a las mujeres que se queden embarazadas,

ha ofrecido privilegios, ventajas y ayudas,

siempre que las mujeres estén dispuestas

a que el Estado se encargue de todo.

SØRENSEN.- ¿Todo?

PROFESORA.- Sí, todo. Absolutamente todo.

Desde el mismo momento del parto,

hasta los dieciocho años,

los hijos pasan a ser parte del patrimonio del Estado.

SØRENSEN.- Un hijo no es un territorio.

PROFESORA.- Depende.

Puede serlo si se paga por él
como si fuese un territorio.
El patrimonio del Estado
es el conjunto de elementos materiales e inmateriales
tanto del dominio público, como del privado,
cuya titularidad es del Estado.

SØRENSEN.- ¿Por qué te importan?

PROFESORA.- A veces pienso que me hubiese gustado ser una de ellas.

SØRENSEN.- ¿Por qué estás dispuesta a hablar conmigo?

PROFESORA.- Tú te irás, como todos los demás.
Estoy dispuesta a hablar contigo porque eres extranjero.
El Estado jamás habría mandado a un extranjero.
Lo que no entiendo es cómo has podido entrar.

SØRENSEN.- Sólo soy mitad extranjero.

PROFESORA.- ¿Doble nacionalidad?

SØRENSEN.- Sí.

PROFESORA.- ¡No puede ser! ¡Imposible!

SØRENSEN.- ¿Quieres verlo?

Sørensen le enseña su pasaporte. La profesora lo abre con sumo cuidado.

PROFESORA (*temblando*).- Pensaba que... No sabía...
Creía que el Estado había acabado con todos ellos,
que ya no había nadie...
¿Estás seguro de que podrás salir?

SØRENSEN.- Ayúdame a aclarar los hechos.
Tú puedes ayudarme.

7

TALA (*a Sørensen*).- Empezamos a discutir de forma constante.
Habíamos perdido la certeza
de que nuestro plan saldría bien,
y empezamos a sentir la presión,
el encierro, la falta de aire.

CATINA (*acariciando su tripa plana*).- ¡Me siento tan embarazada!

LORMA.- ¡Qué tontería!

ERNA.- ¿Por qué? ¿Por qué
no puede sentirse embarazada
o cómo le da la gana sentirse?

¿Por qué tienes que decidir tú
si lo que siente es una tontería o no?

LORMA.- ¿Cómo va a sentirse embarazada
si no ha estado embarazada antes?
¿No te parece que eso es imposible?

ERNA.- Tú siempre has dicho que no hay nada imposible.

LORMA.- ¡Es como si yo te digo
que me siento mariposa
o que me siento hombre!
¿No te parecería una tontería?

ERNA.- No.

CATINA.- ¡Yo a veces me siento mariposa!

LORMA.- ¡Tú es que sientes mucho!

BOGDANA.- ¡Tú cállate!

TALA (*a Sørensen*).- Entonces Zalia, que ya no está, perdió su bebé.
Empezamos a organizarnos.
Nos dimos cuenta de que no sabíamos nada,
de que nadie iba a enseñarnos nada
y de que no nos podíamos fiar de nadie.
Desde ese día nos reunimos en la enfermería cada noche.
Nuestro conocimiento abarca anatomía femenina,
gestación, parto, tratamiento del dolor, y posparto
así como teoría política, historia y revolución
para no repetir los errores y modelos del pasado.
Aprendimos también a hablar como tontas
para no levantar sospechas.
Así, si alguien se acercaba decíamos palabras bonitas.

ERNA.- Mandarina.

LORMA.- Orquídea.

CATINA.- Tragaluz.

BOGDANA.- Sirena.

LORMA.- Cristal.

ERNA.- Ceniza.

CATINA.- Casa.

TALA (*a Sørensen*).- No podíamos irnos

así que decidimos sumergirnos aquí mismo,
a la vista de todos.
Escondimos el feto.
Nadie quiso enterrarlo ni tirarlo a la basura.
Le llamamos Once
porque nació y murió a las once semanas.
Todavía no era un bebé,
pero tenía brazos y ojos y estaba suspendido
dentro de una bolsa de gelatina de este tamaño,
la placenta. Decidimos estudiarlo.
Y después decidimos que teníamos que estudiar más.
Nos dimos cuenta de que no sabíamos nada
y de que teníamos que estar preparadas
porque no había nadie en quien confiar.
Así empezaron nuestras sesiones.
Buscábamos información durante el día
y la compartíamos por la noche, en la enfermería.
Empezamos por conocer las causas de los abortos.

ERNA (*leyendo el índice del libro*).-
Las enfermedades de la mujer.
Cómo conocer pronto el embarazo.
Causas de los abortos.
Abortos evitables e inevitables.
Cómo evitar el aborto en curso.
Cómo conseguir un parto fácil, sin dolor y sin complicaciones.
Duración del embarazo.
Cómo calcular la fecha en que tendrá lugar el parto.
Signos del embarazo / Signos probables:
· Suspensión de la menstruación.
· Cambios en la cara.
· Náuseas, vómitos y salivación.
· Fatiga general.
· Hinchazón de los pechos.
· Dilatación de las venas.
· Abultamiento del vientre.
Signos de certeza:

8

En la enfermería, el médico limpia y esteriliza el instrumental quirúrgico.

MÉDICO.- ¿Has estado alguna vez en un hospital?

SØRENSEN.- Sí.

MÉDICO.- Dime, ¿a qué huelen los hospitales en tu país?

SØRENSEN.- Los hospitales siempre huelen a hospital,
vayas donde vayas.

MÉDICO.- ¿Te refieres al olor a tristeza y desinfectante?

SØRENSEN.- Sí, y a antibióticos y preguntas,
y vigilia, sudores fríos, esperas interminables,
máquinas de café, llantos de recién nacido,
coronas de flores para los muertos,
náuseas, oraciones, anestesia e incertidumbre.

MÉDICO.- Echo de menos ese olor.
Nuestros hospitales ya no huelen así
porque la muerte ha dejado de importar.
Estás en el paraíso.
Crees que este país es parecido al tuyo,
crees que un hombre es un hombre,
que da lo mismo un hombre de aquí
que un hombre de allí.
Al fin y al cabo, somos europeos.
Pero ahí te equivocas,
nosotros no somos europeos ni somos nada.
Y ahora pregunta lo que quieras,
pero acuérdate de que no somos hombres,
nos disfrazamos de hombres,
y que todo aquello que a ti te preocupa
no nos importa nada.
Sólo fingimos, nada nos sacia.
Somos despojos,
salvajes, embusteros, vagos,
y seguimos hambrientos
porque nuestros abuelos estaban hambrientos.
Y hemos heredado el hambre.
Un país al que no le importa la muerte es el paraíso.

SØRENSEN.- Me cuesta creer que la muerte haya dejado de importar.

MÉDICO.- Todo empezó por la economía.
La economía empezó a ocupar tanto tiempo
que poco a poco
dejamos de preocuparnos por otras cosas.
La economía tenía la culpa de todo.
La economía era la excusa para todo,
se nos llenaba la boca de economía-economía
y llegó a convertirse en sí misma
en el peor de los crímenes,
ese que pasa desapercibido
y que parece hasta normal,
tan normal como una de esas resacas
para las que es mejor seguir bebiendo.

SØRENSEN.- ¿Esa es la razón por la que hay trece niñas embarazadas?

MÉDICO.- Sin duda.

SØRENSEN.- Explícamelo.

MÉDICO.- Es tarde.
No hay nada que explicar.

Son unas desvergonzadas.
No quieren mi ayuda ni la de la nadie,
después de todo lo que he hecho por ellas.

SØRENSEN.- ¿Qué has hecho por ellas?

MÉDICO.- Les di lo que me pidieron.
Y siguen vivas, ¿no?
¿no es cierto?
¿eso te parece poco?

SØRENSEN.- Te encarcelarán.

MÉDICO.- No lo creo.
Me recompensarán y me darán medallas.
Estas niñas van a cambiar el curso de la historia,
ya lo han cambiado. Están reconstruyendo este país,
que volverá a ser lo que era gracias a ellas
y a todas las que seguirán sus pasos.
Este país volverá a resplandecer.
No me mires así.
Tú no puedes comprenderlo.
Para ti los hospitales siguen oliendo a hospitales.
Tú no sabes lo que yo daría... Mira,
tú no has trabajado en un hospital
donde se echa a patadas a los enfermos
si no hay certeza de que puedan sobrevivir,
donde se deja de coser una herida
si ya se ha perdido demasiada sangre,
donde conlleva demasiado riesgo operar
porque no hay medios para esterilizar,
limpiar, alimentar, donde sólo se atiende
al que puede pagar al entrar por la puerta.
Tú no has visto a los viejos pelearse por una bolsa de basura.
Tú no has visto a nadie cazando ratas.
Tú no sabes a qué huele la enfermedad
sin anestesia ni desinfectante.
Tú no sabrías cómo combatir la pena.
A ti nadie te ha mordido para que le diceses otro ibuprofeno.
Tú jamás te has encontrado un niño muerto en la nevera.
Tú no te has acostumbrado a la muerte,
a dormir tranquilo junto a la muerte.
Te conmueve nuestra precariedad,
nuestro insomnio,
nuestra falta de recursos, de tecnología.
Te conmueve nuestra resistencia.
Sin duda, lo mejor que le ha podido pasar a este país
es que dejase de importar la muerte.

SØRENSEN.- ¿Y el dolor?
¿Importa el dolor?
¿Les dolió quedarse embarazadas?
Si nada importa, ni siquiera la muerte,
¿por qué nadie puede decirme cómo se quedaron embarazadas?

TALA (*a Sørensen*).- Y sin darnos cuenta,
estábamos a mitad del embarazo.
Los bebés ya no eran un sueño,
No nos los habíamos inventado,
eran una realidad.

BOGDANA.- ¿Le sientes?

CATINA.- Ahora no. ¿Y tú?

BOGDANA.- Sí. Patalea.

CATINA.- ¡Ahora!

BOGDANA.- ¿Qué hace?

CATINA.- Me araña en esta costilla.

BOGDANA.- ¿Te duele?

CATINA.- Un poco.

LORMA.- Ojalá pudiésemos sacarlos ya.

ERNA.- ¿Cómo?

LORMA.- No sé. Creo que cuando no quieren salir se les saca con tijeras.

ERNA.- Entonces es mejor que se quede dentro.

CATINA.- ¿Cómo te lo imaginas?

LORMA.- Suave y mullido. ¿Y tú?

CATINA.- Arrugado.

LORMA.- Mi abuela decía que son calentitos.

CATINA.- La mía decía que nacen azules.

LORMA.- Yo pensaba que eran rojizos.

CATINA.- Se vuelven rojos cuando empiezan a respirar.

LORMA.- ¿No respiran desde el principio?

CATINA.- Creo que tienen que aprender.

LORMA.- ¿Quién les enseña?

CATINA.- Supongo que los médicos.

LORMA.- Los gatos nacen sabiendo respirar.

CATINA.- Tendrán algún aparato para que aprendan rápido.

TALA.- Nunca he cogido un bebé en brazos.

ERNA.- Yo tampoco.
En realidad, sólo los he visto en fotos.

TALA.- Una vez vi uno.

ERNA.- ¿De verdad?

TALA.- Agitaba los puños así.

ERNA.- ¿Y qué decía?

TALA.- Maullaba.

ERNA.- ¿Por qué?

TALA.- Porque todavía no sabía hablar.

ERNA.- ¿También tienen que aprender a hablar?

TALA.- Creo que sí.

ERNA.- ¿Quién les enseña?

TALA.- Supongo que los médicos.

ERNA.- ¿Era bonito?

TALA.- Era precioso.

ERNA.- ¿Te gustan los gatos?

TALA.- Sólo cuando son pequeños
y hay que darles leche con una jeringuilla.
Cuando crecen me dejan de gustar.
Me dan miedo si me miran fijamente.
Y me dan asco si están muy gordos.

CATINA.- ¿Qué pasará con nuestros bebés?

ERNA.- ¿Qué quieres decir?

CATINA.- ¿Se los quieren llevar,
darles leche con una jeringuilla
y luego echarles a patadas como a los gatos?

TALA.- ¿Por qué iban a echarles si quieren que trabajen para el Estado?

CATINA.- ¿Y si no son válidos?

ERNA.- ¿Qué quieres decir?

CATINA.- Hay niños que no son válidos.
Niños que no corren lo suficiente,
que no chillan, que no luchan, que no son rápidos.
Niños que miran por la ventana,
que hablan diferente,
que tosen o tiemblan,
que no quieren hacer exámenes
o aprender a montar en bicicleta
y que prefieren hacer otras cosas en los rincones.
Ya sabes, los que no crecen como los demás.

LORMA.- En mi clase había uno así.
Cantaba todo el rato
pero sólo le podías oír si te acercabas mucho.
Y nadie se acercaba mucho si no era para tirarle al suelo.
Por eso andaba cerca de la pared,
sin mirar a nadie y cantando bajito.

ERNA.- Siempre hay varios que no son válidos
y que sobreviven sólo porque las madres los protegen.

CATINA.- Dicen que con los recursos que tiene el Estado....

ERNA. (*interrumpiendo*).- ¿Qué recursos?

CATINA.- No sé. Instalaciones.

ERNA.- ¿Qué se necesita para criar un niño?

CATINA.- No sé. ¿Tecnología? ¿Profesionales cualificados?

ERNA.- ¿Crees que cuidarían de los que no son válidos?

BOGDANA.- Seguro que nuestros bebés son válidos.

CATINA.- ¿Y cómo lo sabremos?

TALA.- Eso se sabe desde el primer momento.
Si tienen granos no son válidos.

ERNA.- Mi gata tenía dos gatitos cada año.

CATINA.- ¿Crees que nosotras también tendremos dos?

LORMA.- Puede que tengamos más.

CATINA.- Yo sólo siento uno dentro.

ERNA.- Un día me enteré de que habían nacido muchos más pero dejaban vivos sólo dos.

LORMA.- ¿Y los demás los echaban a patadas?

ERNA.- No. Decían que eran demasiados y los ahogaban en el váter.

TALA (*a Sørensen*).- A veces sueño que nadie quiere llevárselo.

Lo tengo dormido en mis brazos
y le cuento historias sobre animales que nunca he visto,
lugares donde nunca he estado...
Junglas, océanos, desiertos, montañas.
Le cuento cosas de mi,
para que se acuerde de dónde viene.
Le cuento, por ejemplo,
que nunca me he enamorado
y nunca he dicho adiós en los aeropuertos
ni en las estaciones. Le cuento que
me gusta meter los pies en los charcos cuando nadie me ve,
que subrayo los libros,
que me gusta mirar por la ventana
aunque esté prohibido,
que todavía duermo sin tomar pastillas,
que no sé cuánto pesa un bebé
ni cuántas veces al día puede comer carne de verdad..

10

Empieza a oscurecer y el aula de geografía e historia se va llenando poco a poco de sombras tímidas. Sørensen espera. Entra la profesora corriendo, sin aire.

PROFESORA.- ¡El médico se ha marchado!

¡El médico se ha marchado!

¡Ha recogido todo y se ha marchado!

Si no le hubieses amenazado...

¿Por qué le amenazaste? ¿Por qué?

SØRENSEN.- Yo no...

PROFESORA.- Sí, tú, lo has estropeado todo.

¿Qué le dijiste?

¿Tienes idea de lo que ocurrirá ahora?

¿Qué van a hacer las niñas sin él?

¡No tienen a nadie!

Y yo no puedo más. Me rindo.

No sé qué más puedo hacer.
Se niegan a hablar conmigo.
Dejaron de hablarme hace mucho,
casi al principio.

SØRENSEN.- ¿Por qué dejaron de hablarte?

PROFESORA.- Son niñas.
Las niñas dejan de hablar, dejan de comer,
dejan de saltar y correr de un día para otro.

SØRENSEN.- ¿Dejaron de ser niñas de un día para otro?
¿Qué sucedió?

PROFESORA.- No lo sé.
Ahora viven contra mí,
contra todo, contra todos.

SØRENSEN.- Pero ellas confiaban en ti.

PROFESORA.- Intenté convencerlas de que “la entrega” era lo mejor,
me refiero a la entrega de los bebés...
Así podrían seguir con sus vidas,
aunque no volvieran a ser niñas.

SØRENSEN.-¿Cómo intentaste convencerlas?

PROFESORA.-Sólo hablé con Tala.
Le enseñé fotos, las mismas fotos
que me enseñaron a mí cuando tenía su edad.
Fotos de bebés recién nacidos,
azules, deformes, sin aire.
Fotos de niños pequeños que habían tenido un accidente.
Es tan fácil que les ocurra algo,
sobre todo cuando son tan pequeños y frágiles, ¿no crees?
Si duermes con ellos puedes asfixiarlos.
Incluso ellos solos pueden asfixiarse o atragantarse.
Todo se convierte en un peligro,
las escaleras, una ventana abierta, las bolsas de plástico,
las sábanas, la almohada, los enchufes,
los cordones, un bote de lejía mal cerrado,
una taza de agua hirviendo, un simple botón.
Y cuando crecen es todavía peor,
querrán subirse a los árboles,
patinar, cruzar la calle sin mirar,
comer helados,
irse con un extraño.
No puedes dejarlos ni un segundo,
pero tampoco puedes protegerlos de todo,
no puedes confiar en que sobrevivirán,
no son potrillos.
Las yeguas paren sin ayuda,
solas, por la noche
y cuando no hay nadie alrededor.
Los potros recién nacidos

se levantan inmediatamente
y buscan la leche de la yegua.
Los bebés no se levantan y caminan,
te llaman a gritos,
se desgañitan para conseguir la leche.
Eso es lo único que nacen sabiendo hacer:
pedir y succionar.
Y eso es lo que van a seguir haciendo después,
succionarte hasta dejarte
seca e inútil, sin nada.
Ojalá fuésemos yeguas.
Pero no lo somos, no lo somos.

SØRENSEN.- Estás enferma.

PROFESORA.- Me dejé llevar.

SØRENSEN.- ¿Te arrepientes?

PROFESORA.- Yo sólo le dije a esa niña
lo que nadie se atreve a decir.
¿Y sabes que me contestó?
Me contestó sin pestañear:
“tú te morirás vieja y sola,
te pudrirás sin nadie que te cuide,
que te acerque la cuchara,
que te sacuda las moscas,
que te limpie las babas,
por eso no soportas que esté embarazada”

SØRENSEN.- ¿Es verdad?

PROFESORA.- Una mujer, haga lo que haga
y elija lo que elija, pierde.
Esa es la verdad.
Siempre perdemos.
La trampa es creer que hay elección cuando no la hay.
Estamos acabadas desde el principio.
Y es cierto que no lo soporto,
no es justo y no lo soporto.
Debo ser idiota.

SØRENSEN.- ¿Y por qué crees que ellas tienen tanta fe?

PROFESORA.- No estoy segura de que tengan fe.
No les ha dado tiempo a creer en nada, sólo son niñas.

SØRENSEN.- No temen el fracaso, como si confiaran en el futuro.

PROFESORA.- El futuro es una invención, no existe,
ni la esperanza, ni ninguna de esas otras ideas absurdas
y tan de moda que el Estado promueve a todas horas.
Esas niñas simplemente se han puesto en contra de todo.

SØRENSEN.- ¿Por qué creen que ellas son una excepción?

CATINA tumbada en la camilla de la enfermería. Se acercan las demás.

CATINA.- No me contéis nada.

LORMA.- Hoy hemos comido peces.

CATINA.- Cállate.

LORMA.- Peces con arroz -

CATINA.- ¡Cállate por favor!

LORMA.- ...y espinacas.

CATINA.- ¿Es que no lo comprendéis?
Quitadme el asco, por favor, quitadme el asco.

LORMA.- A mi sólo me pasa algunas mañanas.

TALA.- A mi por la noche.

ERNA.- El libro dice que normalmente
se pasa en el segundo trimestre,
pero estamos a punto de entrar en el tercero.

CATINA.- No lo soporto, no puedo comer.

LORMA.- Si de verdad quisieses comer, comerías.

CATINA.- ¿Cómo voy a comer si todo vuelve?
Tampoco puedo beber ni dormir.
¡Me estoy secando, desapareciendo!
¿Y cómo voy a ser madre si desaparezco?
Hoy he vomitado cinco veces, ¡cinco!
Me he levantado vomitando aire,
ardiendo por dentro.
Y después otra vez y otra.
El Estado no dice nada del asco,
no dice nada de las náuseas.

LORMA.- Si lo dijese
no convencerían a nadie para quedarse embarazada.

BOGDANA.- Dejadla tranquila.

Las demás se apartan y dejan solas a Bogdana y Catina.

CATINA.- ¿Y cómo va a crecer el bebé
si sólo como pan
y todo lo demás apesta y es repulsivo?
¡El libro dice “una alimentación variada y saludable”!

BOGDANA.- Olvídate del libro.

CATINA.- El libro es lo único que tenemos,
no me puedo olvidar del libro.

BOGDANA.- Toma, te he traído más pan.

CATINA.- Lo peor de todo
es que las náuseas me hacen dudar.
No sé si todo esto merece la pena.
Ni siquiera sé si el bebé está bien,
y aunque lo quiero, ya no sé si lo quiero...
Y tampoco se qué va a pasar al final,
cuando todo se acabe.
Antes, por lo menos,
sabía lo que me esperaba:
exámenes y más exámenes.
Pero ahora no sé nada,
no sé qué es lo que viene,
qué va a pasar.
Y lo estoy haciendo fatal,
no soy una embarazada feliz.
El libro dice que el embarazo
es un tiempo único y especial,
un tiempo de espera y felicidad,
pero yo no siento lo que el libro dice
que debería sentir.
¿Qué me sucede?
(*baja la voz*)
A veces incluso siento un odio horrible hacia este bebé, ¿y tú?

BOGDANA.- ¡Maldito libro!

CATINA.- ¿Qué haces?
¡No!

BOGDANA (*arrancando hojas*).- Este libro no te hace ningún bien.

CATINA.- ¡Pero lo necesitamos!
¡Te lo suplico!
¡Para! ¡Por favor! ¡Para!

CATINA vomita. BOGDANA termina de destruir el libro.

12

Tala continúa respondiendo a las preguntas de Sørensen. Su abdomen está a punto de estallar. Parece mentira que un cuerpo tan menudo como el suyo pueda sostener una barriga tan descomunal.

TALA (*a Sørensen*).- Y sin darnos cuenta,
llegamos hasta aquí.
Ahora estamos a punto de salir de cuentas

y nuestros bebés pueden nacer en cualquier momento.

ERNA.- Si tuviéramos el libro –

LORMA.- Deja de lamentarte.

ERNA.- Lo teníamos que haber escondido para que no nos los robasen...

BOGDANA.- Lo que tenemos que hacer es practicar nuestras técnicas.

ERNA.- Pero ¿qué vamos a hacer sin el libro?

BOGDANA.- Empezamos con la respiración abdominal. Vamos.

ERNA.- ¿Cómo pariremos sin el libro?

BOGDANA.- Respirando.

ERNA.- ¿Y si no lo hago bien?

¿Y si me olvido de respirar o no sé empujar?

¿Cómo voy a saber cómo ni cuándo empujar si no lo he hecho nunca?

¿Y si no soporto el dolor?

BOGDANA.- El dolor no existe si no crees en él. El dolor es una invención.

CATINA.- Si al menos supiésemos cómo va a ser el parto y ese dolor...

TALA.- Yo me acuerdo que el libro decía...

(recitando de memoria)

El parto es un proceso que incluye tres fases:

Dilatación: apertura del cuello del útero.

Expulsión: salida del niño al exterior a través del canal del parto

Alumbramiento: salida de la placenta y de las membranas.

ERNA.- ¿Y si me canso?

¿Y si me canso después de veinte horas
de contracciones y dilatación?

TALA.- Y luego hablaba de la oxitocina.

CATINA.- ¡Ah, sí! ¿Qué era la oxitocina?

TALA.- La hormona del parto,
que hace que no te importe tanto el dolor,
que ames a tu hijo nada más verlo,
y que se te olvide todo lo malo enseguida
(para que quieras volver a quedarte embarazada).

CATINA.- ¡Qué lista la oxitocina!

TALA.- El libro decía
que hay que ir al hospital si sangras,
si rompes la bolsa,

si tienes contracciones rítmicas...

CATINA (*interrumpiendo*).- ¿Adónde iremos nosotras?

ERNA.- ¿Y si nace y no lo quiero?

BOGDANA.- Eso es imposible.

ERNA.- ¿Y si soy una mala madre?

BOGDANA.- No hay madres buenas ni malas, sólo madres.

CATINA.- Pero ¿qué hace una madre?

TALA.- Una madre hace
que crecer sea soportable.
Por eso un país sin madres
es insoportable, demasiado doloroso.

BOGDANA.- Tenemos que practicar más.

ERNA.- ¿Y si nace muerto?
Quizá estamos equivocadas.
Quizá el Estado
se encargue mejor de todo esto que nosotras.
Ni siquiera tenemos el libro.
Deberíamos entregarlos.
Deberíamos entregarlos.

BOGDANA.- ¡Deja de decir tonterías!
¡No vamos a rendirnos ahora!
Hemos llegado hasta aquí
y ésto es sólo el principio.
Sólo nosotras sabemos lo que es mejor.
Todo está preparado.
Y nosotras también,
más de lo que crees.
Estamos preparadas.

13

Sørensen se reúne con el director y la profesora en el despacho.

SØRENSEN.- ¡Se acabaron tus malditas preguntas!
¿Me entiendes?
¡Ya te puedes volver a tu país feliz
y contarles a todos nuestras miserias y fracasos!
¡Se acabó la incertidumbre!
¡Se acabó todo!
¡Un quebradero de cabeza menos!
¿O debería decir trece?
¡Trece problemas menos!
¡Trece de golpe!

SØRENSEN.- ¿Qué ha sucedido?

DIRECTOR.- ¡Cómo si no lo supieses!

PROFESORA.- Han desaparecido.
Tala, Erna, Bogdana, Catina y Lorma han desaparecido.
Y las otras siete también,
han desaparecido del otro centro
al que fueron desplazadas.
No han dejado ni rastro.
Nadie sabe nada.

DIRECTOR.- Nadie sabe nada,
pero él sí (*señalando a Sørensen*).
¡Él debe saber algo que nosotros no sabemos!
¡Lleva varios días viendo a esa niña a solas!
(*sacudiendo a Sørensen*)
¿Qué has hecho? ¿Qué has hecho?
¿Me vas a decir que no tienes ni idea
de cómo han podido evaporarse
todas ellas con sus barrigas
y sin ayuda?

SØRENSEN.- Lo han conseguido.
Encontraron el territorio.

PROFESORA.- ¿Qué territorio?

SØRENSEN.- Querían un territorio donde empezar de nuevo.

DIRECTOR.- ¿Empezar el qué?

SØRENSEN.- Empezar todo.
Empezar la vida.
Empezar el mundo.

Se oye, o quizá se recuerda, el llanto de un recién nacido en la lejanía.

FIN